EPILOGO

Así termina Isabel Ortego sus *Memorias*, con un párrafo que la muerte dejó incluído. ¿Qué misterio hay en él?... Nadie lo sabe; la única boca que hubiera podido decírnoslo, ya se ha cerrado.

Hace poco tiempo la casualidad me llevó á casa de un anticuario. Yo adoro esos bazares melancólicos abastados de relojes de bronce, de puñales, de muebles antiguos, de lechos testigos de ignoradas pasiones, especie de remansos donde la corriente de la vida deja momentáneamente los objetos que al fin, tarde ó temprano, ha de llevarse también. Un espejo con marco dorado llamó mi atención; en un ángulo, alguien había escrito su nombre y una fecha con un diamante. Yo miraba atentamente, escudriñando mi memoria. seguro de haber visto aquel espejo en otra parte.

El anticuario acudió en socorro de mi pensamiento.

—Este mueble—dijo, —perteneció á Isabel Ortego.

—¡Ah!...

—¿La conoció usted?

—Mucho.

Aquel nombre levantaba en mí un mundo de recuerdos: los espejos son tristes tristes como el cielo, que todo lo ha visto y de nada conserva huella ni rastro.

¿Cuántos amantes, tras una noche feliz, anudarían sus corbatas ante aquella luna impasible?

—Yo, que compré casi todos los muebles de Isabel Ortego—prosiguió el anticuario,—he tenido la curiosidad do coleccionar sus zapatos: ellos, mejor que nadie, podrán explicarle á usted la historia de la célebre deliciosa sobre cuyos labios pasaron, sin ajarlos, las bocas de tres ó cuatro generaciones.

—¿Luego, ha muerto?—pregunté.

—Sí; murió en el Hospital, hace algunos años.

Mi interlocutor abrió las gavetas de una cómoda donde guardaba las botas y zapatos correspondientes á los principales períodos en que la novela de la célebre cortesana se dividía.

—¡Es curioso!—exclamé; —¡muy curioso!

Y entonces yo, que había leído las *Memorias* de Isabel, comprendí mejor la veneración idolátrica que, desde muy jóven, dedicó á sus pies. Allí estaban los

zapatitos infantiles, sin tacón y rotos por la punta, los zuecos rellenos de paja y manchados de barro, y unos brodequines muy rotos, muy feos, los brodequines, quizá, que llevaba puestos cuando Eduardo Olmedo la trajo á Madrid.

—Estos zapatos—continuó el anticuario,—los usó en época posterior.

Era el calzado pretensioso, aunque barato, de las obrerillas domingueras aficionadas á las crujientes enaguas almidonadas y á los pañuelos de crespón.

Cada calzado tenía una fecha. Yo iba examinándolo todo atentamente.

El anticuario prosiguió:

—Estas botas que ve usted aquí fueron compradas por Isabel cinco ó seis años más tarde.

Y extendía la mano, indicándome las aristocráticas botas de tafilete con quince ó veinte botones, y las chinelas que recuerdan el dulce sosiego de los dormitorios, con sus aterciopeladas alfombras, sus cortinajes tupidos, su ambiente oliendo á carnes de mujer limpia. Entonces vi á Isabel llegando al apogeo de su brillante carrera de cortesana vencedora: aquellas botas habían hollado las alfombras de Monte-Carlo y pisado los palcos del *Scala* de Milán y bajado las escaleras de mármol de la Gran Opera de París...

También vi unos zapatos de bailarina y otros de becerro, desgobernados y rotos.

—¿Y éstos?—interrogué—¿á qué época se refieren?

—A una época de decadencia, y bien puede decirse que ellas terminan la historia de Isabel; la pobre Ortego era ya vieja, los hombres la volvían la espalda...

Mi interlocutor me enseñó más de cuarenta pares.

—Los vendo baratos—repetía;—por dos mil reales se los lleva usted todos.

Yo los miraba silencioso, dirigiéndoles un discurso mental: «¿Cómo estáis tan quietos, vosotros que tanto corristeis por el mundo? ¿Quién conoció al marqués de Lágaro? ¿Cuál de vosotros corrió impaciente á las citas de Pedro Francos? ¡Quién pudiera volver á oir el rumor de vuestras pisadas!...»

Vi unas zapatillas de paño muy rotas, muy sucias, muy tristes... ¡Sí, dije bien: muy tristes!

—Con esas zapatillas—exclamó el anticuario, contestando á una pregunta mía —fué Isabel Ortego al Hospital. Cuando murió también las llevaba, y yo, antes de que cerrasen el ataúd, se las quité para completar mi colección.

Este último detalle me resolvió á adquirir aquellos zapatos que componían una historia deslumbrante y caótica, bañada en la melancolía de los ídolos rotos y de las ruinas. Estos viejos objetos encierran grandes y moralizadoras enseñanzas.

Noches atrás, una joven cabecita pelinegra y muy loca, fué á verme; se aburre con sus padres; sus nervios necesitan emociones fuertes; quiere amar, conocer países, luchar con la vida y con las pasiones cuerpo á cuerpo...

He contestado á sus preguntas abriendo el armario donde guardo el calzado de Isabel.

—Así se empieza—dije,—y por aquí se acaba. En ese combate que anhelas emprender, otras mujeres más fuertes y mejor armadas que tú, han sucumbido. La vida es como las montañas: se sube por ella, se llega á la cumbre, se baja después... Y como las montañas dan en la llanura, así las vidas dan en la muerte, que es igualdad y vencimiento de todo orgullo. ¡Más vale que seas buena!

FIN

Madrid.—Julio, 1903.